

Prólogo

A la edad de 12 años, Harry Valentine contaba con dos cosas en su haber que en la Inglaterra de principios del siglo XIX lo diferenciaban bastante del resto de niños de su clase.

La primera era su total y absoluto dominio del ruso y el francés. Un talento rodeado de poco misterio; su abuela, la gran aristocrática y testaruda Olga Petrova Obolenskiy Dell, se había trasladado a vivir con la familia Valentine cuatro meses después de que naciera Harry.

Olga renegaba de la lengua inglesa. En su opinión (que expresaba con frecuencia), en este mundo no había nada que no pudiera decirse en ruso o francés.

Nunca pudo explicar del todo por qué se había casado con un inglés.

—Seguramente porque tendría que explicarlo en *inglés* —había susurrado Anne, la hermana de Harry.

Harry se limitó a encogerse de hombros y sonreír (como haría cualquier hermano que se precie) cuando ella se llevó un sopapo en la oreja por decir esto. Puede que *Grandmère* despreciase el inglés, pero lo entendía perfectamente y tenía el oído más fino que un sabueso. Cuando ella estaba en el cuarto donde recibían sus clases, no era buena idea ponerse a cuchichear en ninguna lengua. Hacerlo en inglés era una tremenda estupidez. Hacerlo en inglés dando a entender a su vez que el francés o el ruso no eran adecuados para el intercambio verbal en cuestión...

Con franqueza, a Harry le sorprendía que Anne no hubiera recibido una zurra.

Pero Anne era reacia al ruso con la misma intensidad que *Grandmère* se reservaba para el inglés. Era demasiado *complicado*, y el francés era casi igual de difícil. Anne tenía cinco años cuando *Grandmère* llegó, y su inglés ya estaba demasiado asentado como para alcanzar el mismo nivel en cualquier otro idioma.

Harry, por otra parte, estaba encantado de hablar en cualquier lengua que le hablaran. El inglés era para el día a día, el francés era la elegancia, y el ruso se convirtió en el idioma del drama y la emoción. Rusia era maravillosa. Era fría. Y, por encima de todo, *grande*.

Pedro el Grande, Catalina la Grande... Harry había crecido con sus historias.

— ¡Bah! — se había mofado Olga en más de una ocasión, cuando el profesor particular de Harry había tratado de enseñarle historia inglesa—. ¿Quién es este Etelredo el Indeciso? ¿El *Indeciso*? ¿Qué clase de país permite que sus gobernantes sean indecisos?

— La reina Isabel fue estupenda — señaló Harry.

— ¿Acaso la llaman Isabel la Grande? — repuso Olga nada convencida—. ¿O la Gran Reina? No, la llaman La Reina Virgen, como si *eso* fuese algo de lo que enorgullecerse.

Era en este momento cuando las orejas del profesor se ponían muy rojas, lo que a Harry le parecía de lo más curioso.

— *Esa* reina — continuó Olga, con la mayor frialdad posible — no fue una gran reina. Ni siquiera le dio a su país un heredero al trono como Dios manda.

— La mayoría de los historiadores coinciden en que la reina hizo bien en no casarse — dijo el profesor—. Necesitaba dar la imagen de que no recibía influencias, y...

Su voz se apagó. A Harry no le sorprendió. *Grandmère* se había vuelto hacia él con una de sus penetrantes y escrutadoras miradas. Harry no conocía a nadie que pudiera seguir hablando ante una de esas miradas.

—Es usted un estúpido don nadie —soltó, y luego le dio completamente la espalda. Lo despidió al día siguiente, y ella misma le dio clase a Harry hasta que encontraron un profesor nuevo.

No le correspondía precisamente a Olga despedir y contratar a los tutores para los niños Valentine, que por entonces sumaban tres. (Al pequeño Edward lo habían pasado a la habitación infantil cuando Harry tenía siete años.) Pero no parecía probable que nadie más tomara cartas en el asunto. La madre de Harry, Katarina Dell Valentine, jamás discutía con su propia madre, y en cuanto al padre... bueno...

Eso estaba estrechamente relacionado con la segunda cosa insólita que conformaba el cerebro de 12 años de Harry Valentine.

El padre de Harry, sir Lionel Valentine, era un borracho.

Lo insólito no era *esto*. Todo el mundo sabía que sir Lionel bebía más de lo debido. No era ningún secreto. Sir Lionel tropezaba y trastabillaba (con las palabras y los pies), se reía cuando nadie más lo hacía, y, para desgracia de las dos criadas (y las dos alfombras del estudio de sir Lionel), había un motivo por el que el alcohol no le había hecho engordar.

Y es que Harry se había vuelto experto en la tarea de limpiar vomitonas.

Todo empezó cuando tenía 10 años. Probablemente habría dejado la porquería donde estaba, de no ser porque había tratado de pedirle a su padre un poco de dinero de bolsillo, cometiendo el error de hacerlo demasiado entrada la noche. Sir Lionel ya se había bebido su brandy vespertino, su trago antes de la cena, su vino con la cena, su oporto inmediatamente después, y ahora había vuelto a su favorito, el mencionado brandy, pasado de contrabando desde Francia. Harry estaba totalmente seguro de haber formulado frases completas (en inglés) al pedirle financiación, pero su padre se limitó a mirarlo fijamente, parpadeando varias veces como si no acabase de comprender de qué hablaba su hijo, y acto seguido le vomitó en los zapatos.

Por lo que en realidad Harry no pudo evitar el desastre.

Después de aquello no pareció haber vuelta atrás. Volvió a ocurrir

una semana más tarde, aunque no directamente encima de sus pies, y luego al mes siguiente. Para cuando Harry tenía 12 años, cualquier otro chico habría perdido la cuenta del número de veces que había limpiado el vómito de su padre, pero él siempre había sido un muchacho meticoloso y una vez que hubo empezado fue difícil parar el recuento.

La mayoría de la gente probablemente habría perdido la cuenta alrededor del siete. Harry sabía, a raíz de su extensa lectura sobre lógica y aritmética, que éste era el número más alto que la mayoría de las personas podía percibir visualmente. Si pintas siete puntos en una página, la mayoría de la gente puede echar un rápido vistazo y saber cuántos puntos hay. Si son ocho la mayor parte de la humanidad no acierta a saberlo.

Harry podía percibir hasta 21.

Por lo que no fue de extrañar que tras limpiar 15 vómitos, supiera exactamente cuántas veces se había encontrado a su padre dando tumbos por el pasillo, desmayado en el suelo o apuntando (mal) en un orinal. Y entonces, una vez que llegó a 20, el asunto se convirtió en algo puramente numérico, y se vio *forzado* a llevar la cuenta.

Tenía que ser numérico. Si no lo era, entonces sería otra cosa, y puede que se sorprendiera a sí mismo llorando antes de dormirse en lugar de simplemente clavar los ojos en el techo mientras decía: «46, pero con un radio bastante más reducido que el martes pasado. Probablemente no haya cenado mucho esta noche».

La madre de Harry hacía tiempo que había decidido ignorar por completo la situación, y se la podía ver casi siempre en sus jardines, ocupándose de las exóticas variedades de rosa que su madre había traído de Rusia tantos años antes. Anne le había informado a Harry de que pensaba casarse y «salir de este infierno» en cuanto cumpliera los 17. Cosa que, por cierto, hizo, un testimonio de su determinación, ya que a esas alturas ni su padre ni su madre habían hecho esfuerzo alguno por conseguirle pareja. En cuanto a Edward, el hijo menor, aprendió a adaptarse, como había hecho Harry. Su padre no servía para nada a partir de las cuatro de la tarde, aun cuando pareciera estar lúcido (lo cual su-

cedía por lo general hasta la hora de la cena, cuando perdía totalmente el control).

Todos los criados estaban también al tanto. No es que fueran muchos; los Valentine se las arreglaban bastante bien con su cuidada casa de Sussex y las 100 libras anuales que seguían recibiendo como parte de la dote de Katarina. Pero esto no se traducía en una riqueza espléndida, y eran ocho los empleados que tenían: mayordomo, cocinero, ama de llaves, caballero, dos lacayos, criada y fregona. La mayoría decidió seguir con la familia pese a los ocasionales y desagradables quehaceres relacionados con el alcohol. Puede que sir Lionel fuese un borracho, pero no era un borracho cruel. Tampoco era tacaño, y hasta las criadas aprendieron a limpiar sus vomiteras si ello significaba alguna que otra moneda de propina cuando él recordaba suficientemente sus actividades como para avergonzarse de ellas.

De modo que Harry no estaba realmente seguro de *por qué* seguía limpiando los desperdicios de su padre, ya que sin duda podría haber dejado que lo hiciera alguien más. Tal vez no quería que los criados supieran la frecuencia con la que esto ocurría. Tal vez necesitara un recordatorio visceral de los peligros del alcohol. Tenía entendido que su abuelo paterno había sido igual. ¿Estas cosas se transmitían de padres a hijos?

No quería averiguarlo.

Y entonces, de repente, *Grandmère* murió. No pacíficamente durante el sueño; Olga Petrova Obolenskiy Dell jamás se iría de este mundo con tanta discreción. Estaba sentada a la mesa del comedor, a punto de hundir su cuchara en la sopa, cuando se llevó la mano al pecho, jadeó varias veces y sufrió un colapso. Más tarde comentaron que debió de tener cierto grado de conciencia antes de caer sobre la mesa, porque su rostro esquivó totalmente la sopa y no se sabe cómo logró golpear el cubierto, enviando por los aires una cucharada del líquido hirviendo hacia sir Lionel, cuyos reflejos estaban demasiado embotados para apartarse.

Harry no presencié esto personalmente; a los 12 años no le estaba

permitido cenar con los adultos. Pero Anne lo vio todo, y se lo refirió a Harry con la respiración entrecortada.

— ¡Y entonces se ha sacado la corbata!

— ¿En la mesa?

— ¡En la mesa! ¡Y se le veía la quemadura! — Anne alzó la mano, sus dedos pulgar e índice pellizcándose unos dos centímetros y medio de cuello—. ¡Así de grande!

— ¿Y *Grandmère*?

Anne se puso un poco más seria. Pero sólo un poco.

— Creo que está muerta.

Harry tragó saliva y asintió.

— Era muy mayor.

— Tenía por lo menos noventa.

— No creo que tuviera noventa.

— Pues los *aparentaba* — musitó Anne.

Harry no dijo nada. No estaba seguro del aspecto que debía tener una anciana de 90 años, pero desde luego *Grandmère* tenía más arrugas que ninguna de las personas que conocía.

— Pero ¿te cuento la parte más curiosa? — dijo Anne. Se inclinó hacia delante en actitud confidencial—. *Mamá*.

Harry parpadeó varias veces.

— ¿Qué ha hecho?

— Nada. Nada de nada.

— ¿Estaba sentada al lado de *Grandmère*?

— No, no me refiero a eso. Estaba enfrente y en diagonal... demasiado lejos para ayudar.

— ¿Y...?

— Simplemente se ha quedado sentada — le interrumpió Anne—. No se ha movido. Ni siquiera ha hecho ademán de levantarse.

Harry pensó en ello. Lo lamentaba, pero no era ninguna sorpresa.

— Ni siquiera ha cambiado la expresión de su cara. Se ha quedado ahí sentada, *así*. — Anne puso una cara decididamente inexpresiva, y Harry tuvo que reconocer que era exactamente igual a la de su madre.

—Te diré algo —dijo Anne—. Si hubiera sufrido un colapso delante de mí, como *mínimo* habría puesto cara de sorpresa. —Sacudió la cabeza—. Son ridículos, los dos. Papá no hace más que beber y mamá no hace nada en absoluto. Lo dicho, que me muero de ganas de que llegue mi cumpleaños. Me da igual el luto. Yo me caso con William Forbush, y no habrá nada que ninguno de ellos pueda hacer al respecto.

—No creo que debas preocuparte por eso —dijo Harry. Posiblemente su madre no tendría ninguna opinión sobre el asunto y su padre estaría demasiado borracho para darse cuenta.

—Mmm... Probablemente tengas razón. —Anne frunció los labios con pesar y entonces, en una inusitada demostración de cariño fraternal, alargó un brazo y le dio a su hermano un apretón en el hombro—. Tú también te irás pronto. No te preocupes.

Harry asintió. Se suponía que en unas semanas se iba al colegio.

Y si bien se sentía un tanto culpable por tener que irse mientras que Anne y Edward se quedaban, su culpabilidad quedó totalmente anulada por la abrumadora sensación de alivio que lo inundó la primera vez que partió hacia el colegio.

Irse fue *estupendo*. Con el debido respeto a *Grandmère* y sus monarcas favoritos, puede que fuese hasta «grande».

La vida de estudiante de Harry resultó ser tan gratificante como se había imaginado. Estudió en Hesselwhite, una academia bastante estricta para aquellos chicos cuyas familias carecían de influencias (o, en el caso de Harry, el interés) para mandar a sus hijos a Eton o Harrow.

A Harry le encantaba el colegio. Le *encantaba*. Le encantaban las clases, le encantaba el deporte y le encantaba irse a la cama y no tener que desviarse hacia todos los rincones del edificio, haciendo su inspección tardía en busca de su padre, cruzando los dedos para que se hubiese desmayado antes de ensuciarlo todo. En el colegio Harry hacía un recorrido directo desde la sala común hasta su dormitorio, y le encantaba cada paso que daba sin sobresaltos.

Pero todo lo bueno tenía un final, y a los 19 años se graduó con el resto de la clase, incluido Sebastian Grey, primo hermano e íntimo amigo. Hubo una ceremonia, ya que la mayoría de los chicos deseaba celebrar la ocasión, pero Harry «olvidó» hablarle de ello a su familia.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó su tía Anna. Al igual que le pasaba a la madre de Harry, su voz no revelaba ni pizca de acento, pese al hecho de que Olga había insistido en hablarles sólo en ruso de pequeñas. Anna se había casado mejor que Katarina, contrayendo matrimonio con el segundo hijo de un conde. Pero esto no había provocado ningún distanciamiento entre las hermanas; al fin y al cabo, sir Lionel era un baronet, lo que significaba que era a Katarina a la que llamaban «su señoría». Pero era Anna la que tenía los contactos y el dinero, y quizá más importante, tenía un marido (hasta su muerte dos años antes) que raras veces se permitía beber más de una copa de vino en la cena.

Por eso cuando Harry masculló algo acerca de que su madre estaba demasiado cansada, Anna supo exactamente a qué se refería... a que si su madre venía, su padre vendría con ella. Y después de la espectacular exhibición de tambaleante grandeza de sir Lionel en la convocatoria de Hesslewhite de 1807, Harry era reacio a invitar a su padre a otro acto del colegio.

Cuando bebía, sir Lionel tendía a perder las «eses» al hablar, y Harry no estaba seguro de poder sobrevivir a otro discurso sobre su «ezpléndido colegio, ezpléndido», sobre todo porque lo había pronunciado encaramado a una silla.

Durante un momento de silencio.

Harry había intentado hacer bajar a su padre, y lo habría conseguido si su madre, que estaba sentada al otro lado de sir Lionel, hubiese ayudado en el intento. Sin embargo, estaba con la mirada clavada al frente, como hacía siempre en semejantes ocasiones, fingiendo no oír nada. Por lo que Harry tuvo que darle a su padre un tirón, que le hizo perder un poco el equilibrio. Sir Lionel bajó con estrépito y gritando,

y se dio un golpe en la mejilla con el respaldo de la silla que estaba enfrente de Harry.

Esto podría haber enfurecido a otro hombre, pero no a sir Lionel. Sonrió estúpidamente, llamó a Harry «hijo ezpléndido» y luego escupió un diente de la boca.

Harry todavía tenía ese diente. Y nunca dejó que su padre volviera a poner un pie en el recinto escolar. Aunque eso significara que fuese el único chico que no tenía ni padre ni madre presentes en la ceremonia de graduación.

Su tía insistió en acompañarlo a casa, lo cual Harry agradeció. No le gustaba tener invitados, pero tía Anna y Sebastian ya sabían todo lo que había que saber de su padre; bueno, casi todo. Harry no había compartido con ellos las 126 veces que había fregado sus vómitos. Ni la reciente pérdida del preciado samovar de *Grandmère*, el esmalte de cuya plata se resquebrajó cuando sir Lionel tropezó con una silla, dio un salto en el aire curiosamente grácil (se suponía que para recuperar el equilibrio) y luego aterrizó boca abajo encima del aparador.

Aquella mañana también se habían echado a perder tres platos de huevos y una loncha de beicon.

La parte positiva fue que los perros sabuesos nunca habían comido tan bien.

Habían elegido Hesslewhite por su proximidad a la casa de los Valentine, por lo que tras estar tan sólo hora y media en el carruaje, torcieron por el camino de acceso y empezaron a recorrer el último y breve tramo.

—Desde luego, los árboles están muy frondosos este año —comentó tía Anna—. Espero que las rosas de tu madre estén bien.

Harry asintió distraídamente, intentando calcular qué hora era. ¿Aún era media tarde o el día había dejado paso a la noche? Si era lo último, tendría que invitarles a que se quedaran a cenar. Tendría que invitarles en cualquier caso; tía Anna querría saludar a su hermana. Pero si era media tarde, únicamente esperarían un té, lo que significaba que podían entrar y salir sin llegar a ver a su padre.

Lo de la cena era otra historia. Sir Lionel siempre insistía en cambiarse para la cena. Le gustaba decir que era el distintivo de un caballero. Y por poca gente que hubiese en la cena (el 99 por ciento de las veces únicamente sir Lionel, lady Valentine y cualesquiera de los hijos de ambos que estuvieran en casa) le gustaba el papel de anfitrión; lo cual generalmente implicaba el relato de un montón de historias y *bon mots*, sólo que sir Lionel solía olvidar la parte central de las historias, y sus agudezas no eran tremendamente «bon».

Lo que a su vez significaba que había bastantes silencios incómodos por parte de la familia, que se pasaba la mayor parte de la cena fingiendo no enterarse de que la salsera había sido volcada, o de que le habían rellenado la copa de vino a sir Lionel.

Una.

Y otra.

Y luego, naturalmente, otra vez.

Nunca le dijo nadie que parara. ¿Para qué? Sir Lionel sabía que bebía demasiado. Harry *había* perdido la cuenta del número de veces que su padre se había dirigido a él sollozando: «Lo ciento, lo ciento mucho, muchísimo. No quiero ser un eztorbo. Eres un buen chico, Harry».

Pero nunca cambiaba nada. Lo que sea que empujaba a sir Lionel a beber era mucho más fuerte que toda la culpa o el arrepentimiento de los que podía hacer acopio para dejar la bebida. Sir Lionel no negaba el alcance de su enfermedad. Sin embargo, no podía hacer absolutamente nada al respecto.

Igual que Harry. A menos que atase a su padre a la cama, cosa que no estaba dispuesto a hacer. Así que en lugar de eso nunca invitaba a amigos a casa, evitaba estar en casa a la hora de cenar y, ahora que el colegio había terminado, contaba los días que le quedaban para irse a la universidad.

Pero primero tenía que sobrevivir al verano. Bajó del carruaje de un salto cuando se detuvieron en el camino principal y a continuación le ofreció la mano a su tía. Sebastian los siguió y los tres juntos se dirigieron al salón, donde Katarina bordaba con la aguja.

—¡Anna! —exclamó, con aspecto de ir a ponerse de pie (pero sin llegar a hacerlo)—. ¡Que sorpresa tan fabulosa!

Anna se agachó para abrazarla, luego se sentó frente a ella.

—Se me ha ocurrido traer a Harry a casa del colegio.

—¡Vaya, entonces se ha acabado el trimestre! —murmuró Katarina.

Harry sonrió con tensión. Supuso que él tenía la culpa de la ignorancia de su madre, ya que había omitido decirle que el colegio había finalizado, pero ¿no debería una madre mantenerse al tanto de semejantes detalles?

—Sebastian —dijo Katarina, dirigiéndose a su sobrino—. Has crecido.

—Cosas que pasan —bromeó éste, dedicándole su habitual sonrisa torcida.

—¡Válgame Dios! —exclamó ella sonriendo—. Dentro de poco serás un peligro para las damas.

Harry por poco puso los ojos en blanco. Sebastian ya había conquistado prácticamente a todas las chicas de la aldea próxima a Hesslewhite. Debía desprender cierta clase de fragancia, porque verdaderamente todas las mujeres caían rendidas a sus pies.

Habría sido agobiante, sólo que Sebastian no podía bailar con *todas* las chicas; y Harry no tenía ningún inconveniente en quedarse con las sobras.

—No habrá tiempo para eso —dijo Anna enérgicamente—. Le he comprado un cargo de oficial del ejército. Sale dentro de un mes.

—¿Vas a entrar en el ejército? —repuso Anna, dirigiéndose sorprendida a su sobrino—. ¡Qué maravilla!

Sebastian se encogió de hombros.

—¿No lo sabías, mamá? —dijo Harry. El futuro de Sebastian se había decidido varios meses atrás. A tía Anna le preocupaba su falta de presencia masculina desde que su padre falleciera. Y como era poco probable que Sebastian heredara un título o una fortuna, se daba por hecho que tendría que labrarse su propio futuro.

Nadie, ni siquiera la madre de Sebastian, quien creía que el sol salía y se ponía por su hijo, le había *sugerido* que contemplara el clero como posibilidad.

A Sebastian no acababa de entusiasmarle la idea de pasarse la década siguiente luchando contra Napoleón, pero tal como le había dicho a Harry ¿qué otra cosa podía hacer? Su tío, el conde de Newbury, lo detestaba y le había dejado claro que no contara con sacar ningún provecho monetario, ni de cualquier otra índole, de esa relación.

—Tal vez muera —había insinuado Harry, con la sensibilidad y el tacto propios de un chico de diecinueve años.

Claro que era difícil ofender a Sebastian, especialmente en lo que concernía a su tío. O al único hijo de éste, el heredero de Newbury.

—Mi primo es peor incluso —contestó Sebastian—. Intentó negarme el saludo en Londres.

Harry notó que se le arqueaban las cejas por la sorpresa. Una cosa era aborrecer a un miembro de la familia; otra muy distinta intentarlo humillar públicamente.

—¿Qué hiciste?

Los labios de Sebastian se curvaron en una tenue sonrisa.

—Seducir a la chica con la que quería casarse.

Harry le lanzó una mirada de absoluta incredulidad.

—Vale, no es verdad —transigió Sebastian—. Pero en el pub sí que seduje a la chica a la que le había echado el ojo.

—¿Y la chica con la que quería casarse?

—¡Ya no quiere casarse con él! —Sebastian se rió.

—¡Por Dios, Seb! ¿Qué hiciste?

—¡Oh, nada irreparable! Ni siquiera yo soy lo bastante estúpido como para aprovecharme de la hija de un conde. Sencillamente... se fijó en mí, eso es todo.

Pero tal como había señalado su madre, Sebastian no tendría muchas oportunidades para ninguna clase de intento amoroso, no con la vida militar que le esperaba. Harry había procurado no pensar en su marcha; Seb era la única persona en el mundo en quien tenía una confianza ciega.

Era la única persona que jamás le había defraudado.

En realidad, era lógico que se alistara en el ejército. Sebastian no era estúpido, más bien todo lo contrario, pero no estaba hecho para la vida académica. El ejército era una opción mucho mejor para él. Pero, aun así, mientras él estaba ahí sentado, en el salón, incómodo en una silla egipcia demasiado pequeña, no pudo evitar autocompadecerse un poco. Y sentirse egoísta. Preferiría que Sebastian le acompañase a la universidad, aun cuando no fuese lo mejor para su primo.

—¿De qué color será tu uniforme? —preguntó Katarina.

—Azul oscuro, supongo —respondió Sebastian con educación.

—¡Oh, estarás guapísimo de azul! ¿No te parece, Anna?

Anna asintió y Katarina añadió:

—Como lo estarías tú, Harry. Tal vez deberíamos comprarte a ti también un cargo.

Harry parpadeó sorprendido. Nunca habían contemplado el ejército como una opción de futuro. Él era el varón primogénito, tenía que heredar la casa, la dignidad de baronet y el dinero que su padre no se bebiera antes de morir. Se suponía que su vida no tenía que peligrar.

Y, además de eso, él era uno de los pocos chicos de Hesslewhite a los que realmente le *gustaba* estudiar. No le había importado que lo apodaran «el profesor». ¿En qué estaría pensando su madre? ¿Acaso no lo *conocía*? ¿Estaba sugiriendo que se alistara en el ejército para mejorar su sentido de la *estética*?

—Pero ¡si Harry no podría ser un soldado! —exclamó Sebastian con picardía—. No puede darle a un blanco que esté a un metro de sus narices.

—Eso *no* es verdad —repuso él—. No soy tan bueno como *tú* —dijo con un brusco movimiento de cabeza hacia Seb—, pero soy mejor que todos los demás.

—Entonces, ¿eres un buen tirador, Sebastian? —inquirió Katarina.

—El mejor.

—También es de una modestia extraordinaria —murmuró Harry. Pero era verdad. Sebastian era un tirador inusitadamente destacado, y

el ejército estaría encantado con él, siempre y cuando logran impedirle que sedujera a todo Portugal.

A medio Portugal, más bien. A la mitad femenina.

—¿Por qué *no* te haces tú con un cargo de oficial? —preguntó Katarina.

Harry se volvió a su madre, intentando descifrar su rostro, intentando descifrarla a *ella*. Era siempre tan enojosamente inexpresiva, como si los años hubiesen ido poco a poco eliminando todo aquello que le había conferido personalidad, que le había permitido *sentir*. Su madre no tenía opinión. Dejaba que la vida diera vueltas a su alrededor, y ella se quedaba impassible, sin que ningún aspecto de la misma pareciera despertar su interés.

—Creo que te gustaría el ejército —dijo Katarina en voz baja, y él se paró a pensar *si su madre había hecho alguna vez semejante declaración*, si había dado alguna vez una opinión relativa a su futuro, su bienestar.

¿Había estado únicamente esperando al momento adecuado?

Su madre sonrió como siempre hacía; con un suspiro imperceptible, como si el esfuerzo fuese casi excesivo.

—¡Estarías estupendo de azul! —Y luego se dirigió a Anna—: ¿No crees?

Harry abrió la boca para decir... bueno, para decir algo; en cuanto supiera el qué. No tenía pensado entrar en el ejército. Él debía ir a la universidad. Se había ganado una plaza en Pembroke College, en Oxford. Había pensado en estudiar ruso quizá. No había practicado mucho el idioma desde que *Grandmère* falleciera. Su madre lo hablaba, pero raras veces tenían conversaciones enteras en inglés y mucho menos en ruso.

¡Caramba, cómo echaba de menos a su abuela! No siempre tenía razón, y ni siquiera era siempre simpática, pero era divertida. Y a él lo quería.

¿Qué habría ella querido que hiciera? Harry no estaba seguro. Sin duda, le habría parecido bien que fuese a la universidad, si eso implica-

ba pasar tiempo inmerso en la literatura rusa. Pero su abuela también había tenido un grandísimo concepto del ejército y se había burlado abiertamente de su padre por no haber servido nunca a su país (y por infinidad de cosas más).

—Deberías pensar en ello, Harry —declaró Anna—. Estoy convencida de que Sebastian agradecería tu compañía.

Harry le lanzó una mirada desesperada a Sebastian. Seguro que él entendería su angustia. ¿Qué se creían su madre y su tía? ¿Que tomaría semejante decisión mientras se bebía un *té*? ¿Que podría dar un mordisco a una galleta, reflexionar sobre el asunto durante unos instantes y decidir que sí, que el azul marino *era* un color de uniforme espléndido?

Pero Sebastian hizo ese gesto típico suyo de encoger un hombro, ese gesto que decía: «¡Qué sé yo! El mundo está loco».

La madre de Harry se llevó la taza de té a los labios, pero si tomó un sorbo, la inclinación de la porcelana lo hizo inapreciable. Y entonces mientras bajaba la taza hacia el platillo, cerró los ojos.

Fue tan sólo un parpadeo, en realidad, tan sólo un parpadeo ligeramente más lento de lo normal, pero Harry sabía lo que quería decir. Su madre había oído pasos. Los pasos de su padre. Siempre era la primera en oírlo. Tal vez fueran los años de práctica, de vivir en la misma casa, aunque no exactamente en el mismo mundo. Su habilidad para fingir que su vida era diferente a la que era se había ido desarrollando junto con su habilidad para adivinar el paradero de su marido en todo momento.

Era mucho más sencillo ignorar lo que uno no veía.

—¡Anna! —exclamó sir Lionel, que apareció y se apoyó en el umbral de la puerta—. Y Sebastian. ¡Qué magnífica sorpresa! ¿Qué tal te va, hijo?

—Muy bien, señor —contestó Sebastian.

Harry observó a su padre entrando en la sala. Era difícil saber ya en qué punto de ebriedad estaba. Su paso no era vacilante, pero en sus brazos había cierto balanceo que a Harry no le gustó.

—Me alegro de verte, Harry —dijo sir Lionel, dándole a su hijo una breve palmadita en el brazo antes de avanzar hacia la consola—. Veo que el colegio ha terminado.

—Sí, señor —dijo Harry.

Sir Lionel vertió algo en un vaso (Harry estaba demasiado lejos para determinar qué exactamente), luego se volvió a Sebastian con una sonrisa bobalicona.

—¿Cuántos años tienes ya, Sebastian? —inquirió.

—Diecinueve, señor.

Los mismos que Harry. Únicamente se llevaban un mes. Siempre había tenido la misma edad que Harry.

—¿Le has dado un té, Katy? —le dijo sir Lionel a su esposa—. ¿En qué estabas pensando? Ya es un hombre.

—No pasa nada por tomar té, padre —dijo Harry con sequedad.

Sir Lionel se volvió hacia él parpadeando por la sorpresa, casi como si hubiera olvidado que su hijo estaba allí.

—Harry, hijo. Me alegro de verte.

Harry apretó los labios, luego los frunció.

—Yo también me alegro de verlo, padre.

Sir Lionel tomó un buen trago de su copa.

—Entonces, ¿ha finalizado el trimestre?

Harry asintió mientras decía su acostumbrado «sí, señor».

Sir Lionel frunció las cejas; luego bebió de nuevo.

—Pero ya has terminado el colegio, ¿verdad? He recibido una nota de Pembroke College sobre tu matriculación. —Volvió a fruncir las cejas, luego parpadeó unas cuantas veces, después se encogió de hombros—. No me había enterado de que habías solicitado el ingreso. —Y luego, como si se le acabara de ocurrir, añadió—: Bien hecho.

—No voy a ir.

Las palabras salieron de la boca de Harry atropellada e inesperadamente. ¿Qué estaba diciendo? ¡Naturalmente que iría a Pembroke College! Era lo que quería. Lo que siempre había querido. Le gustaba estudiar. Le gustaban los libros. Le gustaban los números. Le gustaba

sentarse en una biblioteca, incluso cuando brillaba el sol y Sebastian lo sacaba a rastras a jugar al rugby. (Sebastian siempre ganaba esta batalla; en el sur de Inglaterra los días soleados eran contados y cuando se podía había que salir fuera. Por no decir que Sebastian era terriblemente persuasivo en todo.)

No había en toda Inglaterra un joven que pudiera encajar mejor en la vida universitaria. Y, sin embargo...

—Voy a alistarme en el ejército.

De nuevo las palabras salieron sin que mediara pensamiento consciente alguno. Harry se preguntó qué estaba diciendo. Se preguntó *por qué* lo decía.

—¿Con Sebastian? —preguntó tía Anna.

Harry asintió.

—Alguien tiene que asegurarse de que no lo maten.

Sebastian lo fulminó con la mirada por la ofensa, pero saltaba a la vista que estaba demasiado contento por el giro de los acontecimientos como para replicar. El futuro militar siempre le había producido sentimientos encontrados; Harry sabía que, pese a toda su bravuconería, le tranquilizaría tener a su primo con él.

—No puedes irte a la guerra —dijo sir Lionel—. Eres mi heredero.

Todos los presentes en el salón (los cuatro, miembros de su familia) se volvieron al baronet con diversos grados de sorpresa. Con toda probabilidad era lo único sensato que había dicho en muchos años.

—Tienes a Edward —dijo Harry con rotundidad.

Sir Lionel bebió, parpadeó varias veces y se encogió de hombros.

—Pues sí, es verdad.

Era más o menos lo que Harry esperaba que dijera y, sin embargo, sintió en sus entrañas una persistente y honda decepción. Y un profundo resentimiento.

Y dolor.

—¡Un brindis por Harry! —exclamó sir Lionel jovialmente, levantando su vaso. No parecía darse cuenta de que nadie más se había unido

a él—. ¡Buena suerte, hijo mío! —Inclinó su vaso, pero entonces cayó en la cuenta de que hacía rato que no lo rellenaba—. ¡Vaya, maldita sea! —murmuró—. ¡Qué lata!

Harry se hundió en la silla, pero al mismo tiempo empezó a sentir un picor en los pies, como si estuvieran listos para echar a andar. A correr.

—¿Cuándo te vas? —preguntó sir Lionel, tras rellenar felizmente su vaso.

Harry miró hacia Sebastian, quien inmediatamente habló.

—Debo personarme la semana que viene.

—Entonces yo también —le dijo Harry a su padre—. Necesitaré el dinero para pagar el cargo, naturalmente.

—Naturalmente —repuso sir Lionel, respondiendo de forma instintiva al tono de voz de mando de Harry—. Bien... —Bajó los ojos hacia sus pies, luego desvió la vista hacia su esposa.

Ésta miraba fijamente por la ventana.

—¡Ha sido estupendo veros a todos! —dijo sir Lionel. Dejó su vaso y caminó a paso tranquilo hasta la puerta, perdiendo el equilibrio únicamente una vez.

Harry lo vio marcharse y experimentó una curiosa sensación de indiferencia ante la escena. Evidentemente, había visualizado la imagen con anterioridad. No el hecho de alistarse en el ejército, sino el de irse de casa. Siempre había creído que se iría a la universidad como todo el mundo, que metería sus cosas en el carruaje familiar y se marcharía. Pero su imaginación se dejó llevar por toda clase de despedidas dramáticas que iban desde la gesticulación absurda hasta las miradas gélidas. Sus favoritas tenían que ver con botellas lanzadas contra la pared, botellas de las caras; las de contrabando traídas de Francia. ¿Seguiría su padre dando apoyo a los franchutes con sus compras ilegales ahora que su hijo se enfrentaría con ellos en el campo de batalla?

Harry clavó los ojos en el umbral vacío de la puerta. ¡Qué más daba, en realidad! No tenía nada más que hacer aquí.

No tenía nada más que hacer en este lugar, con esta familia, se aca-

baron todas esas noches en las que llevaba a su padre a la cama y lo tumbaba cuidadosamente de lado para que, si volvía a vomitar, al menos no se atragantara al hacerlo.

Se acabó.

Se acabó.

Pero la sensación era de mucho vacío, mucho silencio. Su partida estuvo marcada por... nada.

Y tardaría años en darse cuenta de que lo habían engañado.